

## Sobre *Los orígenes de la narrativa policial en la Argentina: recepción y transformación de modelos genéricos alemanes, franceses e ingleses*, de Román Setton

Hernán Maltz  
Universidad de Buenos Aires/CONICET  
hermaltz@gmail.com

---

Reseña de Román Setton. *Los orígenes de la narrativa policial en la Argentina...*, Madrid-Frankfurt: Iberoamericana/Veuvert, 2012. 288 pp.

---



La lectura de *Los orígenes de la narrativa policial en la Argentina: recepción y transformación de modelos genéricos alemanes, franceses e ingleses* (2012), de Román Setton, nos permite remarcar una división necesaria aunque a menudo soslayada: la separación entre, por un lado, historia literaria y, por el otro, operaciones programáticas de individuos que participan en ella. Particularmente, la tesis doctoral de Setton, convertida en libro, nos habilita a distinguir entre la historia del género policial en Argentina y la apuesta estético-literaria de Jorge Luis Borges (y otros escritores nucleados en torno a la revista *Sur*). Como apunta Setton, hasta hace poco tiempo la crítica establecía los orígenes de la literatura policial nacional en la década de 1940, con las producciones del propio Borges, Bioy Casares, Manuel Peyrou y Leonardo Castellani, entre otros. Además de sus obras de ficción, sus interpretaciones —con Borges a la cabeza— se habían convertido en las versiones “institucionalizadas” del género.

Según Setton, Borges pergeñó su paradigma del género “[a] partir de una lectura parcial basada, fundamentalmente, en algunos relatos de Poe y de Chesterton” (59). Así, sólo a través de una *des-cristianización* de Chesterton y una *desensibilización* de Poe, Borges puede plantear su “modelo abstractivo y abstracto del policial” (59), con la figura del detective representado como un razonador puro. Siguiendo esta lectura, la operación de Borges también contempla la exaltación de una vertiente literaria en detrimento de otras: determinados relatos de la literatura inglesa son indicados como fundadores

del género policial, en tanto que las tradiciones francesa y alemana resultan borradas del proceso de gestación. Sin embargo, como se afirma en la introducción del libro, la tradición inglesa –o, mejor dicho, la versión que Borges concibe de ella– no acaba de explicar el género en nuestro país, pues “[l]a historia de la literatura policial argentina es más extensa, y los vínculos con otras tradiciones de lo policial y la literatura criminal (la *Kriminalnovelle*, el *roman policier*, la *detective story*, etcétera) más variados” (11). Un tercer aspecto que Setton menciona en las interpretaciones parciales de Borges consiste en la negación de las condiciones históricas y sociales ligadas al surgimiento del género: “la irrupción de la prensa masiva, el abrupto crecimiento de la ciudad, la difusión del sistema de pruebas indiciarios como modo de indagación jurídico-policial luego de la abolición de la tortura, la aparición de la policía secreta bajo el gobierno de Napoleón” (47). A través del señalamiento de estos elementos (ponderados en distinta medida por Borges, e incluso varios de ellos pasados por alto intencionalmente), arribamos a la idea central que Setton postula: “un programa literario se ha transformado en la interpretación de la historia del género en la Argentina” (47).

En el final de la primera parte del estudio, se establecen algunas pautas para una delimitación del género policial argentino entre fines del siglo XIX y comienzos del XX, como la asunción de un modelo de lector de policiales o la conformación de un imaginario social en torno a la creciente criminalidad urbana. Asimismo, el autor propone una demarcación histórica e histórico-literaria del género en la literatura argentina entre 1877 y 1912. Entre los factores históricos, Setton cuenta la inauguración de la primera Penitenciaría de Buenos Aires, la abolición de la tortura, la unificación jurídica nacional y la sanción de códigos de comercio, civil y penal; entre los factores histórico-literarios, por ejemplo, tenemos la difusión por parte de la prensa de una multiplicidad de obras literarias extranjeras o la producción –también a cargo de la prensa– de textos sobre crímenes célebres, descripciones de delinquentes, crónicas de delitos diarios, etcétera. Dos textos literarios de los que se ocupa Setton terminan de precisar los límites del período estudiado, abierto en 1877 con la publicación de *La huella del crimen*, la primera novela policial argentina, escrita por Luis V. Varela –bajo el seudónimo de Raúl Waleis– y cerrado en 1912, con la publicación del primer volumen de relatos policiales publicado en el país, los *Casos policiales* de Vicente Rossi –firmado como William Wilson–.

En la segunda parte de su estudio, Setton describe y analiza las obras de los autores que practican el género policial en el período: Luis V. Varela, Carlos Olivera, Carlos Monsalve, Paul Groussac, Eduardo L. Holmberg, Horacio Quiroga, Vicente Rossi y Félix Alberto de Zabalía (este último es el presunto autor escondido tras la firma “FAZ”, en las aventuras de Mr. Le Blond que

aparecieron en el semanario ilustrado *Papel y tinta* en 1908). Se trata de un estudio de autores mayormente soslayados y casi no leídos (como Luis V. Varela o Vicente Rossi), aunque también hay un desarrollo sobre otros más reconocidos en el marco de la historia literaria nacional (como Paul Groussac, Eduardo L. Holmberg u Horacio Quiroga). Las lecturas y detallados análisis de los distintos escritores son expuestos de manera independiente, en capítulos separados, aunque esto no inhibe a Setton de establecer una serie literaria centrada en determinados temas y motivos: “representación del detective y de la ley, construcción de la figura del criminal, paradigmas específicos de conocimiento y comportamiento, tratamiento de la cuestión civilización-barbarie, representación del Estado, entre otros” (12).

Como apunta Setton en la introducción del libro, su estudio no pretende ni puede “agotar un objeto casi sistemáticamente soslayado por la crítica literaria” (12). Sin embargo, su condición inaugural no se rinde ante las concesiones que se le podrían permitir a un estudio exploratorio; al contrario, resulta muy valioso el carácter preciso y cuidado de la investigación y del texto. Sumado a esto, ponderamos su apuesta consistente en sacar a la luz y analizar un conjunto de escritores que permanecían total o parcialmente invisibilizados (incluido, como ya mencionamos, al autor de la primera novela policial escrita en castellano),<sup>1</sup> así como el “irreverente” gesto de trasladar el inicio del policial argentino a más de sesenta años antes del momento en que comenzaban a publicar los presuntos primeros autores del género en nuestro país.

---

<sup>1</sup> Desde 2009, con la publicación de *La huella del crimen* (la segunda vez que se edita desde la ocasión original en 1877), Setton lleva a cabo un trabajo de recuperación, edición y publicación de textos policiales. A la novela indicada le siguieron *Clemencia* (2012), también de Varela/Waleis, así como las antologías de relatos *El candado de oro. 12 cuentos policiales argentinos (1860-1910)* (2013) y *Fuera de la ley. 20 cuentos policiales argentinos (1910-1940)* (2015), todos ellos publicados por la editorial Adriana Hidalgo.